

denses mucho más que á los Jacobinos; y respecto de Lafayette, lejos de desearle un éxito, acababa de hacerle sufrir la derrota más humillante en las elecciones de París.

«También es muy verosímil, decía Robespierre, que Brissot y la Gironda se entiendan con la corte, y con los Fuldenses, Narbonne y Lafayette. Brissot no ataca á Narbonne, etc., etc.»—Esto era también falso. Brissot, que hasta la matanza del Campo de Marte, tenía esperanza en Lafayette, no volvió á verle desde aquella época, y sin atacarle vivamente, le fué hostil, figurando en adelante en el partido que á pesar de Lafayette y los Fuldenses quería derribar el trono.

Robespierre era al mismo tiempo demasiado desconfiado y demasiado sutil para encontrar la verdad. Lo cierto (hoy es evidente é incontestable) es que ni la corte, ni los Fuldenses, ni los girondinos, formaban la asociación íntima que él suponía, que la corte odiaba á Narbonne y se estremecía al pensar en el proyecto de guerra de aventuras en que querían comprometerla; juzgaba, con razón, que al primer fracaso, acusada de traición, iba á verse en un peligro espantoso, que Narbonne y Lafayette no durarían un momento, y que la Gironda les arrancaría la espada en cuanto la desenvainasen para dirigirla contra el rey.

«Veáse, decía Robespierre, como el plan de esta guerra pérfida, por medio de la cual quieren entregarnos á los reyes de Europa, sale precisamente de la embajada de ese rey que sería el general de Europa contra nosotros, de la embajada de Suecia.» Esto era suponer que madama Stael era verdaderamente la mujer de su marido, que obraba por cuenta de Mr. Stael y según las instrucciones de su corte; suposición ridícula, cuando tan públicamente se mostraba enamorada de Narbonne é impaciente por hacerle ilustre. La pobre Corina tenía veinticinco años, era muy imprudente, apasionada, generosa y se hallaba á cien leguas de toda idea de traición política. Los que conocen la naturaleza humana y los impulsos de la edad y de la pasión mejor que el lógico demasiado sutil la conocía, comprenderán perfectamente esto que es enojoso, inmoral, pero verdaderamente real: trabajaba por su amante, y de ningún modo por su marido. Tenía prisa por hacer ilustre al primero en la cruzada revolucionaria, y se preocupaba muy poco de que los golpes cayeran sobre el augusto dueño del embajador de Suecia.

El 12 de Diciembre, el 2 de Enero, el 12, y más adelante todavía, expuso Robespierre, con una autoridad extraordinaria, el vasto sistema de desconfianza y de acusación en que mezclaba á todos los partidos; una serie de aproximaciones más ó menos ingeniosas, venían á apuntalar de una manera más ó menos feliz aquel edificio de errores. Todo ello recibido con aplauso por los Jacobinos, cuyo carácter distintivo era la misma desconfianza, y que escucharon y acogieron con avidez pensamientos que eran suyos, penetrándose é identificándose con ellos. La ocasión era también oportuna: un París triste, perturbado, sinistra-

mente tempestuoso, una miseria profunda, sin esperanza, sin fin ni término. Un invierno sombrío. Sombras por todas partes, tinieblas, brumas. «Veis, allá bajo aquella sombra que se desliza, aquella figura fantástica, aquel caballero del puñal embozado en una capa?... Ayer vieron sacar un furgón de las Tullerías... Aquí se oculta algo... etc., etc.» Todo esto aceptado con extremada credulidad; se veía la sombra y se creía el cuento. El que se atrevía á dudar era mal mirado entre los grupos; se alejaban de él y á veces se le amenazaba.

Hay que ver cuan apasionada, ciega y crédula es la prensa. No hay absurdo por grande que sea que no lo admitan Freron y Marat. «Pobre pueblo, dice éste, hete aquí traicionado, entregado por la guerra; cuando para acabar con todos hubiera bastado con el puñal y la cuerda.»

Desmoulins, que tenía tanto talento, no puede usar libremente de él. Va, viene, cree, ó duda, según Danton, según Robespierre; según él, jamás.

El más original, como siempre, es Danton. Cuando hablaba ante los Jacobinos temía siempre no mostrarse bastante desconfiado. El mismo dice que teme le acusen de no ser partidario de la energía. Vuelve, se extiende en largas declaraciones, diciendo que, en verdad, quiere la guerra, pero antes quiere que el rey obre contra los emigrados etc., etc.

Brissot contestó varias veces á los argumentos de Robespierre sin poder jamás amenguar la autoridad de éste cerca de los Jacobinos. Además de su fatuidad, que de antemano les hacía tomar á mala parte lo que les era contrario, tenían una poderosa razón para no escuchar á Brissot. Robespierre decía todo su pensamiento: Brissot la mitad del suyo. El primero demostraba á maravilla que la corte, los Fuldenses y Narbonne eran demasiado sospechosos para confiarles la guerra. Pero Brissot, extendiéndose en generalidades que quedaban incontestadas, no decía, no podía decir su pensamiento íntimo, á saber: Que la Gironda, dueña del movimiento que subía, estaba segura de descartar á Narbonne, de empuñar ella la espada, y derrotando al enemigo de dentro, el rey, marchar unidos contra el enemigo de fuera.

Así la partida entre ellos no era igual; Brissot no podía emplear más que una parte de sus medios. Robespierre le estrechaba de cerca, decía y repetía esta frase evidentemente justa: «El poder ejecutivo es sospechoso; ¿como os conduciréis? Ese poder es el peligro, el obstáculo; ¿qué haréis?» Brissot no podía decir su pensamiento: «Lo derrocaremos.»

Este estado de reserva, de duplicidad, constituía la debilidad de la Gironda, por otra parte tan fuerte en aquel momento. En su conducta con respecto al rey había una especie de hipocresía que la colocaba en situación falsa. Admitía aquel rey, aun no le atacaba de frente, le invitaba á ser rey, á obrar como un poder constituido; pero al mismo

tiempo, por la irritación de vejaciones sucesivas, le inducía en tentación, si así me permite hablar. Contaba con impulsarle hasta que cometiese alguna falta decisiva, que poniéndole enfrente de la cólera de la nación, le hiciera caer en el polvo.

El 11 de Enero, Narbonne, habiendo en un viaje rápido reconocido las fronteras, fué á dar cuenta á la Asamblea. Verdadero informe de cortesano, ya por precipitación, ya por ignorancia, hizo un cuadro espléndido de nuestra situación militar, dió cifras enormes de tropas, exageraciones de toda especie que más tarde fueron pulverizadas por una memoria de Dumouriez. Sin embargo, en el discurso elegante y caluroso de Narbonne, en el que madama Stael había puesto seguramente la mano, decía varias cosas de un gran sentido, que nadie entonces, es verdad, podía comprender bien. Dijo que había que hacer una distinción esencial entre los oficiales; que varios eran realmente amigos de la Revolución. Esto no será puesto en duda por aquellos que saben que varios de los más puros, de los más respetables amigos de la libertad que se hallaban en el ejército, Desaix, la Tour d' Auvergne y otros eran oficiales nobles. El antiguo régimen estaba lejos de estimular á la nobleza de provincias; la cual no tenía en el servicio ninguna probabilidad de adelanto; todos los grados superiores pertenecían de derecho á la nobleza de antecámara, á las familias de la corte, á los coroneles de l'Oeil-de-Beuf.

Narbonne dijo también una cosa muy bella, muy justa que probablemente salió del noble corazón de su amiga: «Una nación que quiere la libertad no tendrá el sentimiento de su fuerza si se entrega á terrores sobre las intenciones de algunos individuos. *Cuando la voluntad general se pronuncia tan enérgicamente como lo ha sido en Francia no está en poder de nadie detener sus efectos.* Aunque la confianza fuese un acto de valor, importaría al pueblo, como á los particulares, creer en la prudencia del atrevimiento.»

Esta frase no solo era exacta sino profunda. No; nadie podía detener semejante movimiento. Aun con los jefes más indignos hubiera producido el mismo resultado. Invencible por su grandeza hubiera arrastrado á los débiles y á los traidores; todas las malas voluntades subyugadas, perdidas, absorbidas se hubieran visto obligadas á seguirle. Una nación entera se alzaba desde el profundo abismo; colocándose de un salto inmenso á la cabeza de las naciones que la hacían señales y que la llamaban. Semejantes fenómenos que participan de la fatalidad de los elementos y de las fuerzas de la naturaleza apenas se retrasan por los pequeños obstáculos. Colocad uno ó varios hombres en el punto formidable en que la masa enorme del Niágara desciende al abismo, ya sean fuertes ó débiles, quieran ó no quieran ir, que se resistan ó no, caerán al abismo á pesar de todo. La misma tarde, 11 de Enero, Robespierre pronunció en los Jacobinos un discurso infinitamente largo, infinitamente trabajado, sin añadir nada esencial á lo que había dicho varias

veces sobre la utilidad de la desconfianza. Al final en tonos sensibles, lamentable y testamentario, presentándose siempre como mártir, y recomendando su memoria á la joven generación, «dulce y tierna esperanza de la humanidad,» que reconocida levantaría altares á la virtud; decía que confiaba en las lecciones del amor maternal, que esperaba que sus hijos «cerrarían los oídos á los cantos envenenados de la voluptuosidad», y otras vanalidades morales, torpemente imitadas de Rousseau. Este era el tono de la época y su efecto siempre excelente sobre los Jacobinos. En las tribunas de mujeres no se oían más que suspiros contenidos y sollozos.

Pero en fin ¿que quería? No lo decía de ningún modo. ¿Que era preciso hacer, según él de aquella revolución lanzada, de aquel movimiento del pueblo, de aquellas simpatías de Europa? ¿No podía temerse que aquel gran impulso al ser detenido no se volviera contra sí mismo? Que el león no teniendo carrera se enfureciera contra sí mismo y se desgarrara. Y esto es lo que sucedió. Aquella dilación fatal cambió la cruzada en guerra decisiva atroz y desesperada. Nos valió Septiembre, el cambió universal de Europa contra nosotros.

Más tarde, el 10 de Febrero, obligado todos los días á salir de sus declamaciones negativas, de su panegírico eterno de la desconfianza, se aventuró Robespierre (más que nunca lo había hecho) á indicar algunos medios prácticos. Son curiosos los medios y voy á reproducirlos en su cándida insignificancia. El primero es una federación, sin ídolos esta vez, Lafayette. El segundo es la vigilancia; declarar las secciones permanentes, llamar á los guardias franceses dispersos, trasladar la cámara alta de Orleans á París, castigar á los traidores. Tercero. Propagar el espíritu público por la educación. Cuarto. *Publicar decretos favorables al pueblo;* «dedicar á la humanidad agotada y jadeante» alguna partícula de los tesoros absorbidos por la corte, etc.—He aquí la receta vaga y débil, con seguridad, que sin embargo, fué violentamente aplaudida y admirada por los Jacobinos.

Una cosa era evidente. Europa frente al Rhin, de los Países Bajos apenas contenidos, de Lieja, de Saboya, del país de Vaud, se lanzaban contra Francia. Europa en aquel momento quería retrasar la guerra, esperar tiempos más favorables. Podía presentársele la ocasión por los excesos de la Revolución, excesos probables si se contenía encerrada en su cubeta aquella fermentación que trataba salirse del vaso.

Los príncipes, para detener á Francia, intentaban intimidarla y acudían á medidas conciliadoras. El emperador había declarado que el elector de Trebes, alarmado, le había pedido socorros y que le enviaba al general Bender, el que había apagado la Revolución de los Países Bajos. Por otra parte, el elector ofrecía toda clase de satisfacciones, alejando á los emigrados y amenazando con la pena más grave; la de trabajos forzados, á aquellos que reclutaran gente para ellos ó les proporcionasen municiones (6 Enero 92). Sin embargo, el 14 de Enero, el

comité diplomático, por conducto de Gensoné, se decidió á que el rey pidiera al emperador que declarase terminantemente, *antes del 11 de Febrero*, si estaba por ó contra nosotros; y que su silencio sería considerado como primer acto de hostilidad.

La corte, asustada al ver planteada tan claramente la cuestión de la guerra, mandó decir inmediatamente que recibía de Trebes la seguridad positiva de que la dispersión de los emigrados había tenido lugar en efecto. Hizo saber también que el emperador había dado órdenes en este sentido al cardenal Rohan, quien desde Kieh inquietaba á Estraburgo.

Para calmar y hacer reflexionar á la Asamblea se le dijo que la frontera estaba amenazada por los españoles y que encaminándose hacia el Rhin, iban á tenerles á sus espaldas. Un fuldense (Ramonet), hacía notar lo poco que debía fiarse de los ingleses que en el momento de la guerra podían volverse contra nosotros.

El día en que Gensoné propuso que se pidiera al emperador una explicación definitiva, uno de los primeros girondinos, Gaudet (de Saint Emilion), orador brillante, de palabra ardiente, rápida y provocadora, decidió responder por medio de una gran manifestación solemne y dramática, á la insinuación ordinaria de Robespierre contra la Gironda (la de que no se aventuraba la guerra si no para comprometer á Francia poniéndose de acuerdo con los reyes.) Gaudet apoderándose de la frase del Congreso: «¿Cuál es ese Congreso, ese complot?—Enseñemos, pues, á todos esos príncipes que la nación sostendrá su contestación íntegra ó perecerá con ella... Destinemos un lugar para los traidores, y ese lugar sea el cadalso!... Propongo que se declare traidor é infame á todo francés que tome parte en un Congreso para modificar la constitución ó para obtener una transacción entre la Francia y los rebeldes!»—La Asamblea se levantó en masa con indecible entusiasmo, en medio de los aplausos de las tribunas y prestó aquel juramento.

Vergniaud, al día siguiente, en un discurso admirable, contestó á los partidarios de la paz que demostraban fácilmente que Francia se hallaba sola y sin aliados. Confesó que, en efecto, no tenía en su apoyo más que la justicia eterna, terminando con estas frases: «Un pensamiento brota en este momento en mi corazón. Me parece que los manes de las generaciones pasadas vienen á reunirse en este templo para conjuraros, en nombre de los males que la esclavitud les hizo sufrir, á que preservéis de ellos á las generaciones enteras, cuyos destinos están en vuestras manos. Escuchad aquel ruego: *sed para el porvenir una nueva providencia*; asociaos á la justicia eterna que protege á los franceses. Si merecéis el título de bienchores de vuestra patria, mereceréis también el de bienchores del género humano.»

La sublime dulzura de estos palabras contrasta mucho con el ardor extremado de la lucha entablada en la prensa y en los Jacobinos. Se había animado aun más, por la intervención de un joven, de una facili-

dad singular, sin dirección ni medida, Loubet, el autor del *Faublas*.

Muchos le tenían por el héroe de su novela; y en efecto, aquel belicoso Loubet, ardiente campeón de la guerra, era un hombrecillo rubio, de semblante dulce y lindo, que sin duda hubiera podido pasar por mujer, como Faublas. Autor de una novela inmoral, por contraste fué en realidad el modelo del amante fiel; su Lodoiska, á la que hizo célebre, le salvó la vida el 93, y más adelante, Loubet murió de pesar por algunas burlas insultantes de que había sido ella víctima.

Loubet, después de muchas aventuras, poseía el 92 á su Lodoiska y vivía feliz. Sin embargo puso en peligro su felicidad. El valiente joven atacó á Robespierre de una manera viva y provocativa, aunque sin embargo respetuosa todavía y como se ataca á un gran ciudadano.

Este llevó muy á mal el que en los mismos Jacobinos, en su reino, se le discutiera y contradijera por el joven autor del *Faublas*, combatiendo ligero que multiplicaba los ataques, acometiéndole sin parar, hiriendo cien veces á Robespierre antes de que éste se hubiera puesto en guardia.

Este no se indignaba con Loubet, sino con Brissot. Y su cólera iba creciendo. Brissot le azuzaba á Loubet. Y él lanzaba contra Brissot un perro de presa, Camilo Desmoulins.

Precisamente en los Jacobinos acababan de obligar á los dos adversarios, Robespierre y Brissot, á que se reconciliaran y se abrazaran. El viejo Dussart iniciador de esta falsa paz, lloraba enternecido. Sin embargo Robespierre manifestó que continuaría la lucha «no pudiendo subordinar su opinión á los impulsos de su sensibilidad y de su afecto á Brissot.» Esta palabra *afecto* hace estremecer.

Desmoulins había tenido la desgracia de defender como abogado á cierto intrigante baratero de una casa de juego. Brissot que aparentaba un puritanismo mayor del que tenía en realidad, le había censurado fuertemente por ello. La ocasión era oportuna para achuchar al colérico escritor contra su imprudente censor. Desmoulins investigó la vida privada de Brissot y encontró lo que buscaba. Antes de la Revolución, siempre hambriento, Brissot había estado á sueldo de los libelistas franceses de Inglaterra. Como todos los hombres de letras de la época, se había visto comprometido en algún negocio poco delicado, por ejemplo había recibido suscripciones para una empresa que no se realizó y no había podido devolver su importe. Brissot fué toda su vida no pobre, si no indigente. Su influencia política el 92 no mejoró su situación. En aquel mismo año, en que disponía de todo, en que daba los destinos más lucrativos á quien quería, no tenía más que un viejo vestido negro con los codos rozados: habitaba en un granero y su mujer le lavaba las camisas. La penuria absoluta en que dejaba á su familia, fué para él, en sus últimos momentos, el castigo más amargo.

Desmoulins supo á su manera el triste pasado de Brissot. A las cosas verdaderas ó verosímiles añadió otras absurdas que produjeron un

gran resultado. Las p rfidas insinuaciones de Robespierre, tímidas, medio veladas, diluídas en su lenguaje fastidioso y monótono, no habían podido dar un golpe de efecto. Pero una vez referidas por Desmoulins, fueron como un hierro candente que marcaron   Brissot para siempre con la marca de la vergüenza hasta su muerte. Verdad es que el cruel libelista sufrió una dura expiación el 93, el día en que se dictó la sen-

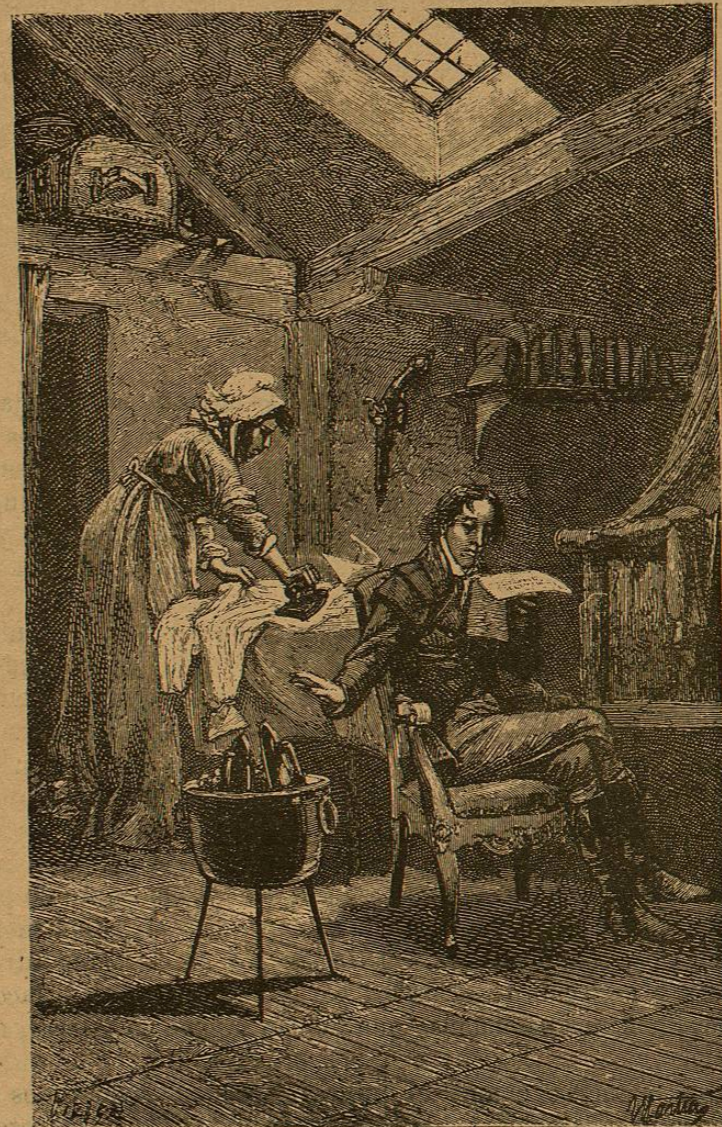


ISNARD

tencia de Brissot y de la Gironda, en aquella noche funesta, en el momento en que el jurado pronunció la sentencia de muerte, se hallaba presente Desmoulins y se mesaba los cabellos: « Ay! exclamaba, soy yo, es mi *Brissot desenmascarado*: mi *Historia de los Brissotines* los que les han puesto en este trance.»

Una mano se ve por doquiera en aquel hecho asesino: la del hombre que, en aquella época, dominaba al variable artista y convertía su pluma en puñal, la del *camarada del colegio*, de que tanto se vanagloriaba Desmoulins, la del gran ciudadano «querido y venerable», la mano en fin de Robespierre. Se ha encontrado, escrito por la misma mano,

y se conserva todavía el p rfido y mentiroso informe de Saint-Just que perdió   Danton. No cabe duda de que el plan del trabajo de Desmou-



... habitaba en un granero y su mujer le lavaba las camisas (Pág. 31)

lins contra Brissot no haya sido sugerido por Robespierre,   al menos la indicación precisa de los principales puntos de la acusación. El más atroz se encuentra reproducido en el primer número del diario que Ro-